Lima, 8 de Mayo de 1983

Maquiavelo y Maquiavelismo

por Enrique Ghersi

(Editorialista de LA PRENSA)

Acaba de cumplirse el 513 aniversario del nacimiento de Nicolás Maquiavelo, secretario de la "signoria" florentina, acucioso observador de la política renacentista y precursor de la unidad italiana. No se trata, pues, de un aniversario cualquiera.

Son pocos los casos en los que el apellido de un pensador se convierte en calificativo de doctrinas, costumbres o conductas políticas. Maquiavelo comparte ese curioso honor con filósofos de la importancia de Platón, Aristóteles y Marx, aunque no con igual fortuna. Comúnmente se reputa "maquiavélica" una acción cínica, carente de escrúpulos o llena de iniquidad.

Ello es, en cierta forma, un triunfo de sus detractores, pues que se sepa la historia no fue así desde el principio.

Cuando Maquiavelo redacta "El Príncipe", la Iglesia le da el "imprimatur" sin observaciones, como luego también lo concede a su obra "Los Discursos". Tal anotación eclesiástica, como la de "nihil obstat", pueden comprobarse en las ediciones serias, tomadas del original italiano.

Durante la Contrarreforma, los jesuitas queman su efigie en la ciudad austríaca de Ingolsdat, acusándolo de "agente del demonio y hereje hugonote", según consta en los anales del auto de fe correspondiente (1).

Como autores de semejante anatema, los miembros de la Compañía de Jesús desatan una vigorosa campaña de extirpación de la idolatría maquiavélica, a pesar que el lema de San Ignacio— "el que quiere los fines, quiere los medios"—, evoca el bien conocido aforisma del secretario florentino.

Comienza así un progresivo deterioro de la figura intelectual de Maquiavelo, hasta que el bonapartismo y el fervor nacionalista de fines del siglo XIX exaltan sus concepciones como suma de la sabiduría política. fesa la onto-política, esto es el diagnóstico social. Las recetas guardan coherencia con las consideraciones acerca de la naturaleza y el ser. Señala que las sociedades se encuentran en movimiento perpetuo según el orden de la naturaleza, de la cual son reflejo.

Tal movimiento se expresa en la inestabilidad de los gobiernos y en las formas, es decir demagogias, que disipan el orden social.

Es necesario organizar la sociedad, en consecuencia, a partir del descubrimiento del ser político. Como la realidad fluye constantemente, la verdad consiste en determinar la razón de tal movimiento, en encontrar la "razón de Estado".

En atención a la "razón de Estado" —ontológicamente el ser de la política— el secretario de la signoría" sentencia que "el fin justifica los medios, siempre que se consiga".

Empero, sus doctrinas no se agotan en aquellas consideraciones. Hombre práctico, propone dotar al gobernante de una técnica que le permita hallar la "razón de Estado". Llama a esa técnica saber político. La compone del conocimiento histórico de los países, la predicción del necesario curso de los acontecimientos, y la acción indispensable para sujetarlos según convenga.

Al explicar los alcances de su tecnología, Maquiavelo colecciona anécdotas y da máximas de orden ético que causan, hasta hoy, indignación de sus críticos, pero que son, por lo demás, coherentes con su pensamiento.

Metafísico, historicista y prócer del contructivismo contemporáneo, el autor de 'El Príncipe" postula una doctrina general que busca forjar una realidad a imagen y semejanza del pensamiento.

Olvida, sin embargo, que a los pensadores no le es dado sino opinar. "La verdad —escribe Francisco Javier Conde— se vengó de él haciéndolo a su vez juguete perpetuo de la opinión de los hombres".

(1) Francisco Javier Conde —"El Saber Político en Maquiavelo"— Revista de Occidente—1974.

Al margen de críticos y apologistas, las teorías de Maquiavelo generalmente se consideran caprichosas o inconsistentes, cuando en realidad se fundamentan en una concepción estricta de la naturaleza, producto, a su vez, de una noción ontológica, perfectamente determinada.

Entiende que la naturaleza consiste en un permanente movimiento, dominado por la inestabilidad y las formas que ocultan realidades verdaderas y pierden a las interpretaciones inadvertidas.

El ser, a diferencia, es considerado como la presencia constante en el devenir natural, cuyo ocultamiento por las formas hay que develar a través de la verdad para lograr así los propósitos humanos.

De utilizar categorías existencialistas, deberíamos reconocer que Maquiavelo integra la gran familia de la metafísica occidental. O, si se quiere parafrasear a Martin Heidegger, que no es más que "una cita al pie de página de Platón".

Nicolás Maquiavelo pro-